

las desigualdades hiere y ofende. Realmente, a quien no sabemos en qué campo colocar es a José María García Escudero, doctor en Derecho, licenciado en Ciencias Políticas y letrado de las Cortes. Sencillamente, diremos que es uno de los seglares más notables del catolicismo español de la segunda mitad de siglo. García Escudero tuvo que afrontar una tarea de enorme envergadura, como fue la de ser juez-instructor del 23-F. Aquí es donde debemos hacer una leve crítica a María Luisa Brey, pues no tiene particular sentido la gran cantidad de preguntas que realiza a García Escudero sobre el 23-F, cuando al interpelado se le podría haber preguntado más en profundidad por su experiencia en el diario católico *Ya*, del que García Escudero debe tener un profundo conocimiento. En el campo de los seglares hay que ubicar también a Joaquín Gomis, perteneciente a una familia barcelonesa de profundas raíces católicas y uno de los grandes inspiradores, junto con su hermano Lorenzo, de la genial revista *El Ciervo*, donde han escrito artículos personas de la talla intelectual de José Antonio González Casanova y el irrepetible Alfonso Carlos Comín.

También serán objeto de la entrevista el siempre inspirado José Ignacio González Faus, autor de la famosa frase de que de Dios se supo a raíz de un conflicto laboral; el historiador y periodista José María Javierre, quien critica duramente y con razón la vacilación de la Iglesia en normas de conducta, sobre todo en lo referente a la pena de muerte; la religiosa María Pilar Núñez, religiosa de la Compañía de María y médico-ginecólogo, además de máster en Bioética, y para la que hay que combatir duramente el aborto, la clonación y la eutanasia; José Antonio Pagola, profesor de Teología y Vicario General de San Sebastián, quien considera que la *teología de la esperanza* quedará como uno de los signos más luminosos y evangélicos del siglo xx; José T. Raga, Catedrático de Economía Aplicada, quien destaca por encima del resto de los profesores universitarios a Ortega y Gasset, sin olvidar a Laín Entralgo, un «cristiano de valía impresionante»; Andrés Torres Queiruga, profesor de Filosofía de la Religión en la Universidad de Santiago de Compostela y director de *Encrucillada*, revista gallega de pensamiento cristiano, para quien, como partidario del diálogo entre las religiones, cree que hay que promover la «inreligión», y Juan Velarde Fuertes, uno de los más célebres economistas españoles, quien, al analizar a tres pensadores muy criticados por la Iglesia (Freud, Marx y Nietzsche), afirma que sólo Freud mantiene su obra vigente.

En definitiva, este libro, escrito con un estilo muy sencillo y directo, constituye una obra singular, novedosa en su concepción, que permite al lector adentrarse de una manera diferente y bastante entretenida en lo que ha sido la compleja realidad del siglo xx y su impacto sobre la Iglesia católica.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

RALPH M. WILTGEN, S.V.D.: *El Rin desemboca en el Tíber. Historia del Concilio Vaticano II*, Madrid, Criterio Libros, 1999, 342 pp., ISBN 84-923838-9-5.

Si hay un acontecimiento notable a lo largo del siglo xx en la Iglesia católica, ese es el Concilio Vaticano II. Y no sólo por el hecho de que se han celebrado muy po-

cos concilios en los dos mil años de desarrollo del cristianismo, sino porque el Vaticano II supuso un vuelco muy notable con respecto a su inmediato antecesor, el Vaticano I. Ese vuelco, esa capacidad para anunciar una transformación (aunque limitada), llenó de ilusión las almas de los católicos del mundo entero y hoy, cuando han transcurrido más de treinta cinco años desde la finalización del mismo, todavía sus disposiciones siguen plenamente vigentes.

Mucha fue la literatura que sobre el Concilio Vaticano II surgió. Uno de los libros más notables fue el que tenemos en nuestras manos, que, aunque acaba de ser publicado recientemente en la editorial Criterio, vio la luz ya en 1967. Por ello adolece de los defectos propios de la historiografía de los años sesenta, con un estilo excesivamente narrativo y con una falta de análisis notable, si bien debemos señalar que el caudal de información transmitido es bastante importante.

Wiltgen, con ese título que da al libro, anuncia ya al lector cuál es la tesis central de su obra: los países ribereños del Rin o muy próximos a él (Alemania, Austria, Francia, Suiza, Holanda, Bélgica) conformaron un poderoso grupo de influencia de carácter progresivo que acabó imponiéndose sobre los católicos ultraconservadores, encabezados por el Cardenal Ottaviani. En este sentido, debemos señalar que Wiltgen no sólo fue un estudioso del desarrollo del Concilio, sino que asistió al mismo como director del Divine World News Service, la agencia de prensa de su congregación (el Verbo Divino). Lo que convierte en más interesante el relato, porque Wiltgen nos hace presente la percepción que él tuvo del importante escepticismo que había entre no pocos padres conciliares y cómo ese escepticismo fue finalmente vencido ante el camino inevitablemente exitoso que se recorrió.

La división que el autor hace de la obra es muy sencilla: cuatro sesiones conciliares, cuatro capítulos. Tal división no es totalmente homogénea, pues la atención que se dedica a las sesiones segunda y tercera es notablemente más amplia que en el caso de la primera y la cuarta. Dentro de cada capítulo se analizan distintos epígrafes, según cuáles fueran los temas tratados en el Concilio (el diaconado, el laicado, la libertad religiosa...).

Para Wiltgen, dos personajes fueron claves en el conjunto del proceso. El Cardenal Joseph Frings, Arzobispo de Colonia (Alemania), por un lado; el Cardenal Achille Liénart, Obispo de Lille, por el otro. Ya con la polémica surgida a raíz de los hombres que debían componer las comisiones conciliares, se hizo patente el liderazgo natural, no institucionalizado, de estos dos hombres. Al mismo tiempo, palpita constantemente en el libro la idea de que el sector más progresista del episcopado era plenamente consciente de que se trataba de una oportunidad única para vencer al tradicional dominio conservador (en ocasiones ultraconservador) y de que el elemento clave en toda la negociación iba a ser el propio pontífice. Pablo VI no decepcionó sus expectativas y, así, el Concilio Vaticano II, en tan sólo cuatro años (los transcurridos entre 1962 y 1965) hizo progresar a la Iglesia lo que muchos siglos de historia habían sido incapaces de hacer.

Como acertadamente se encarga de señalar Wiltgen, no todo fue mérito exclusivo de los distintos prelados y purpurados que tomaron parte en el Concilio. Muchos de ellos llevaban sus tesis respaldadas por el pensamiento de brillantes teólogos. Así, en el caso de la jerarquía holandesa, el hombre clave fue Edward Schillebeeckx, un

belga profesor de Teología Dogmática en la Universidad Católica de Nimega (Holanda). Este teólogo realizó una crítica calificada por el autor del libro como «devastadora» de las cuatro primeras constituciones dogmáticas, tituladas *Las fuentes de la Revelación*, *La preservación íntegra del depósito de la fe*, *El orden moral cristiano y Castidad*, *matrimonio, familia y virginidad*. En cualquier caso, la altura teológica de algunos padres conciliares era muy importante, destacando los casos de los cardenales Alfrink (Holanda), Frings (Alemania), Bea (perteneciente a la curia romana), König (Austria), Liénart (Francia), Suenens (Bélgica), Léger (Canadá) y Ritter (Estados Unidos).

Wiltgen refleja con numerosas anécdotas el ambiente de tensión que se vivía en el Concilio. Uno de los hechos más llamativos fue una intervención de Ottaviani, quien mostró de la manera más radical posible su frontal desacuerdo con los cambios en el rito de la misa: como estaba ciego parcialmente, habló sin papeles y perdió la noción del tiempo. Tenía sólo diez minutos, pero los excedió ampliamente y ello obligó al Cardenal Alfrink a avisarle por medio de la campaña. Ante la ignorancia (deliberada o no) de esta advertencia por parte de Ottaviani, Alfrink, directamente, le cortó el micrófono y obligó a Ottaviani a sentarse, humillado. El alborozo que tal decisión provocó en el sector más progresista del episcopado demuestra hasta qué punto el distanciamiento entre una postura y otra era muy notable. No resulta de extrañar, así, que Juan XXIII, el pontífice que convocó el concilio y fallecido mientras este se encontraba en pleno desarrollo, llegara a mostrar su preocupación con motivo de la celebración de su octogésimo primer cumpleaños, el 25 de octubre de 1962.

A nuestro parecer, es posible diferenciar de manera clara dos partes en el libro. Una primera, donde se nos presenta la tesis sobre el dominio del grupo ribereño del Rin y donde se ponen de manifiesto las principales polémicas que se iban a producir en el Concilio. Y una segunda, donde el autor se acelera de manera excesiva, hasta el punto de que a veces el ritmo de la narración llega a hacerse vertiginoso, y donde se nos cuentan las intervenciones de los múltiples padres conciliares (2.400) que tomaron parte en el Concilio. Es precisamente en esta segunda parte donde la obra de Wiltgen se empobrece más y donde se echa más en falta la puesta en práctica de un análisis calmado y riguroso.

En esta segunda parte es donde se percibe más claramente la mediocridad episcopal que existía en aquel momento en España. El Concilio había otorgado al episcopado español la posibilidad de tener una amplia representación en Roma, pero los obispos hispanos, salvo honrosas excepciones (Bueno Monreal, Guerra Campos), no estuvieron a la altura de las circunstancias. Quedaban todavía unos años para que despuntara aquella generación episcopal que con tanto éxito abordó la separación Iglesia-Estado y la transición democrática de la institución durante la difícil década de los setenta. En definitiva, la obra de Wiltgen, aunque posee notables imperfecciones, más desde el punto de vista historiográfico que desde el teológico, constituye una introducción interesante para conocer un acontecimiento tan trascendental para la Iglesia católica universal como fue el Concilio Vaticano II.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.